

N O T A

LA ANGUSTIA DEL TIEMPO Y DEL ESPACIO, FUNDAMENTO DE LA CONQUISTA DE AMERICA

LA lectura de un libro suele despertar dormidas ideas que, despabiladas, acaban por adueñarse de la atención del lector. Es inútil oponerse; aunque hayan nacido de una reflexión incidental la engrandecen de tal modo que todo lo demás se achica y aleja. El libro que leemos se ve desde una sola perspectiva a través del cristal de aumento de las propias preocupaciones intelectuales. Temo que me haya ocurrido así con el libro de Gustavo Adolfo Otero *La Sociología del Nacionalismo en Hispanoamérica* (1).

Y digo temo porque no es mi función dejarme arrastrar por las sugerencias incidentales de los libros que leo. El reseñador habitual ha de dominar la propia fantasía y pegarse a la realidad contenida en la letra de molde, si quiere cumplir como Dios manda con quien encarga las reseñas y con el libro reseñado. Pero hay ocasiones en que las «radices seminales», por decirlo así, crecen con tanto vigor que no hay más sino rendirse y soltar la vena de las propias ideas.

Según leía el libro de Otero, particularmente el capítulo en que habla de los mitos de la colonización, me detuve en el párrafo que dice: «El mito histórico de El Dorado representa uno de los grandes valores de creación en la época de los descubrimientos y de la conquista, ya que sin el estímulo de la existencia de este país de las maravillas, del oro, de las perlas y de los diamantes, no habría sido posible que los españoles ensanchen el horizonte de las nuevas tierras». La lectura de este párrafo suscitó una vieja preocupación: ¿Por qué

(1) Quito, 1947. Ediciones del Grupo América.

¿no hay un ensayo de interpretación radical, filosófica si se quiere, de la conquista y colonización americana? Sobre todo, ¿por qué no se ha intentado explicar desde sus estratos más profundos el incontenible afán de avance de los conquistadores, que parecen movidos por una extraña sugestión del horizonte?

Las diversas explicaciones que se han dado no satisfacen. El deseo de riquezas, el afán de aventuras, la ambición de gloria y fama, el impulso misionero, no son explicaciones radicales; algo más hondo ha de haber, de cuya hondura, como de raíz común, broten los diversos modos enunciados. ¿Cuál es ese algo?

De las dos preguntas formuladas, ¿por qué no se ha explicado, y cuál es la explicación?, es la segunda la más inquietante y acuciadora.

En el descubrimiento de América hay algo irrepetido e irrepetible, cuya absoluta excepcionalidad puede ser un punto de partida para la explicación. *Es el único acontecimiento en la Historia universal en que el presente y el pasado se encuentran en una colisión sin precedentes.* Hay que imaginar que un Demiurgo ocurrente impulsó hacia detrás una de las dimensiones del tiempo, manteniendo inmóvil otra e ignorada la tercera. El humanismo y la modernidad, tal y como se vivían en la España de los Reyes Católicos, se precipitó hacia el neolítico en período de transformación. Cada una de las singladuras de las naves de Colón era un paso atrás en esta inverosímil historia cuyo protagonista auténtico es el tiempo. El encuentro de las dos edades, moderna y prehistórica, se realizó sin que los descubridores poseyesen categorías previas. No llevaban una teoría de lo prehistórico como, por ejemplo, llevaban los ingleses cuando colonizaron a fondo la India.

Cabe suponer la decisiva importancia del encuentro en los supuestos naturales, sociales e intelectuales del colonizador. Una naturaleza extraña y hostil, un medio sociológico súbitamente vaciado de cosas e instrumentos, un conjunto de ideas inadecuadas a la nueva situación. La consecuencia fué el asombro y la lucha gigantesca de un equipo de teóricos mal dotados ante la descomunal empresa, para someter a esquemas racionales lo maravilloso e inexplicable. Tan maravilloso e inexplica-

ble que Juan de Cárdenas, describiéndolo en su libro que trata de los problemas maravillosos de las Indias, advierte con engreída satisfacción: «Y bien sé que algunos o muchos no creerán lo que aquí digo». Pero si el teórico procura reducir el asombro a límites intelectuales sin conseguir otra cosa, por la prematuridad técnica de su intento, que una pueril pseudo-ciencia, el hombre común sentía el asombro como inquietud. Asombro, inquietud y esfuerzo intelectual que proceden de una misma situación: *de estar desalojados del tiempo propio e insertos en un tiempo extraño.*

Para luchar con la inquietud y extrañeza, el hombre común, que no gusta de hacer esfuerzos intelectuales, sólo dispone de un medio: agarrarse a la vida, a lo sensorial, urgente y arriesgado. De esta manera procura huir del hecho insólito y desvitalizador de estar en un tiempo extraño. Cuenta Hernán Cortés en las «Relaciones» que repasando por un poblado indio en que días atrás habían los naturales preparado una emboscada a los españoles, hallaron «la sangre de nuestros compañeros y hermanos derramada y sacrificada por todas aquellas torres y mezquitas; fué cosa de tanta lástima que nos renovó todas nuestras tribulaciones pasadas». A los prisioneros los habían encerrado en celdas perfectamente blanqueadas con cal, y en una de ellas, escrito a carbón sobre la pared sin mácula, pudieron leer Hernán Cortés y los suyos estas palabras: «Aquí estuvo preso el sin ventura Juan Yuste». Fué cosa bastante esto, dice Cortés, para quebrar el corazón a quienes lo vieron.

He pensado tan a menudo en este Juan Yuste que he llegado, en cierto modo, a identificarme con él y su situación. Le imagino solo en la celda blanca, oyendo voces ininteligibles y el ruido de instrumentos desconocidos. Absolutamente solo y de vuelta de cualquier realidad posible. Al margen del presente a que pertenecía y sin capacidad para comprender el pasado que le retenía preso, el hidalgo Juan de Yuste, a solas con su angustia, a nada ajeno de sí podía asirse. Ni siquiera invocó a la Divinidad. Se acercó a la pared y con un carboncillo escribió: «Aquí estuvo preso el sin ventura Juan Yuste». Después iría a la muerte como dormido. Ni la muerte pudo ser para este hombre vía de acceso a la realidad.

Aunque los conquistadores no acababan de comprender lo que veían, pues, como el propio Cortés dice, «las cosas de acá, aunque con nuestros propios ojos las vemos, no las podemos con el entendimiento comprender», en situación menos crítica que la del desgraciado Juan de Yuste, el riesgo y la acción disminuían la angustia del trastiempo. La presencia de la muerte, «a la que todos tenemos ofrecidas las vidas», mitigaba particularmente la extrañeza del encuentro entre las dos edades, y quizá haya que atribuir a esto el impulso aventurero y la propensión a la guerra civil. Por la misma razón, sin embargo, se respetaba la realeza y se dependía de Europa. Rectos estos lazos, ¿qué uniría al colonizador americano con su propio tiempo?

Junto con la desazón del tiempo extraño hay otra que es interfuncional con ella: la del espacio limitado. El conquistador estaba, sin tiempo y sin espacio propios, en un «nunc et hic», ajenos e incomprensidos.

El español de todos los tiempos, pero concretamente el español de aquel tiempo, era hombre inserto en un espacio definido y oprimente. Durante siglos, el castellano —la penetración y descubrimiento fué sobre todo obra castellana— había sido un hombre fronterizo. Falta un estudio que nos documente de modo satisfactorio acerca del español de la reconquista en cuanto hombre de frontera. Desde ciertos puntos de vista la abundante bibliografía norteamericana respecto al hombre fronterizo puede ayudar a hacerse una idea del hombre pugnante y siempre en esfuerzo para vencer una resistencia que cuanto más se aleja, pero no desaparece. Durante siglos los castellanos se sintieron limitados y oprimidos por la presencia de una frontera que vencer y alejar. El término frontera significa aquí, ante todo, lo que está «frontero» y es hostil. La secular y diaria urgencia de este límite dió a los castellanos una inmensa fuerza inercial que se encontró casi de repente ante un *vacuum* angustioso cuando concluyó la reconquista. El destino quiso que este *vacuum* se hiciera más confuso e insondable con el descubrimiento de América.

Hombres apegados a lo concreto y delimitado, tanto próxima como remotamente, pues no hay que olvidar su pe-

ninsularidad; encajados en el espacio por una barrera hostil correlativa a una poderosa fuerza inercial se hallaron, de súbito abocados a la ilimitud. A la angustia del tiempo se añadió la del espacio. Si para vencer la angustia del tiempo el conquistador se había agarrado a la vida en su acepción más elemental, para vencer la del espacio tuvo que encontrar los límites de la nueva tierra. Así se puede explicar desde su raíz el incontenible deseo de avanzar de los conquistadores. En el avance encontraban riesgo y aventura en que fortalecer la huidiza realidad, escape para la fuerza inercial que la historia había acumulado en ellos y proyección hacia el límite. El elemento último de la continua propulsión de los conquistadores hacia adelante fué la angustia de la ilimitud. La conquista aparece desde este ángulo como primogenio cuidado para organizarse el tiempo y el espacio propios.

Ninguna figura más significativa que la de Núñez de Balboa, el obseso del mar del Sur. Arriesgó todo repetidas veces sólo por «ver». Cuando viera el límite de la tierra y tuviera la perfecta vivencia de la integridad de su «aquí» sentiría el alma libre de la opresión de una oscura fuerza impulsora. Parece que murió poseído de una extraña indiferencia ante la injusticia de Pedrarias y ante la muerte misma. Cuando silbara el hacha que le decapitó quizá su último pensamiento fuera «yo he visto». Al contrario que el hidalgo Juan de Yuste, Núñez de Balboa había conseguido el acceso a la realidad.

Después del descubrimiento de la mar del Sur y del viaje de circunnavegación de Elcano, la conquista perdió tensión y grandeza. Se detuvo el motor último que la impulsaba: la angustia del tiempo y del espacio.

ENRIQUE TIERNO GALVÁN